

"La Nación", Buenos Aires 2177  
2 mayo 1907

Obras Completas  
tomo VIII

2-105



LA TRADICIÓN LITERARIA AMERICANA

(Para La Nación)

SALAMANCA, marzo de 1907.

Me disponía á escribir sobre la antología de poetas y prosistas hispanoamericanos que bajo el título de «La joven literatura hispanoamericana» acaba de publicar Manuel Ugarte, en la casa Armand Collin, de París, cuando me encuentro con el estudio que en estas mismas columnas le ha dedicado José Enrique Rodó. El cual me ha espigado el campo, diciendo fundamentalmente lo mismo que pensaba yo decir, y diciéndolo tan bien, que no admite repetición alguna.

Lo mismo que Rodó habría yo dicho atañedor á las sombras y faltas de esa antología, á autores con cuya exclusión nada perdería y á otros con cuya inclusión ganaría mucho.

Como observación de carácter general sólo he de decir que me parece predomina en exceso, casi en exclusión, la que se llama amena y vaga literatura—la poesía, el cuento, etc.—faltando muestras del género histórico, científico, de la oratoria política, etc. Y debo confesar á este respecto que en cuanto llevo leído de literatura hispanoamericana, y no es ello poco, prefiero lo que alguien llamaría el género serio, las obras históricas, políticas, sociológicas, etc., sobre todo cuando están caldeadas por la pasión. Hay algunas de ellas que encuentro más inspiradas, más robustas, más hermosas que las obras de pura ficción.

Hasta hoy, y dígame lo que se quiera, esos pueblos americanos no han sido pueblos contemplativos, ni puede tomarse por contemplación el indolente ensueño á que algunos de ellos hayan podido alguna vez entregarse. Un pueblo no se hace contemplativo sino cuando su pasado hace sombra á su porvenir, cuando el caudal de sus recuerdos pesa sobre la fuente de sus esperanzas. Y esas jóvenes naciones son muy jóvenes aun para tener pasado. Pasado, por otra parte, que se diluye y esfuma en los recuerdos de la colonia.

En contra de una idea muy generalizada acá en Europa, he creído siempre, después que me puse á estudiar á Hispano-América, que los pueblos americanos son, ante todo, pueblos de acción, si bien haya sido, por desgracia, anárquica y tumultuaria. Los hombres de acción americanos, los héroes de la independencia y los caudillos de las revueltas civiles, me parecen, por punto general, superiores á sus hombres de pensamiento y de palabra.

Y entre estos mismos, entre los hispanoamericanos que se han hecho un nombre con la palabra, hablada ó escrita, los mejores me parecen aquellos para quienes fué la pluma arma, y arma fué la palabra. Nada me parece más postizo y más falso en esas tierras que el soñador pseudoaristocrático que se encierra en la torre de marfil para describir quimeras en las nubes, dirigiendo trovas á la luna.

Lo fuerte literariamente, lo noble, lo hermoso, lo duradero, que conozco de las letras americanas, es casi todo aquello que se escribió ó se dijo buscando un objetivo inmediato. Y no poco de ello es obra de hombres de acción.

O dicho con más concreción y en fórmula comprensiva: por lo común, los políticos americanos me resultan, cuando hablan ó escriben, más interesantes y universales que los literatos de profesión. Y éstos, los literatos, tanto mejores cuanto más se han dejado influir por la pasión política, cuanto más profundamente han sentido la patria.

Concretándonos á la Argentina, decíme cuántas de las obras de pura ficción producidas en ella pueden parangonarse con algún discurso de Frías, con algunas de las cartas de Alberdi, con ciertas páginas de Mitre, para no hablar del gigante de Sarmiento. Y la misma «Amalia», de Mármol, es algo hermoso á pesar de la argamasa novelesca y del lamentable descripticismo que la estropea.

Lo que suele perder, á mi juicio, á no pocos genios americanos, es su empeño en escribir para Europa y para europeos, juzgando estrechos los límites de su propia patria.

Cuando alguien me pregunta aquí qué le recomiendo como lectura de escritores hispanoamericanos, siempre es uno de los pocos nombres que le pongo delante el de Sarmiento. En seguida viene lo de preguntarme qué ha escrito, y como no le cito ni poesías, ni novelas, ni cuentos, sino recuerdos personales, fueren el gesto, diciendo: «Para leer, eso hay que conocer algo de aquellos países y estar enterado de su historia». A lo que replico: «Pues se entera uno». Y otros me preguntan: «¿Que tal trata á España?» A lo cual no contesto; tan necia me parece la pregunta.

No nos cuesta el trabajo que empleamos en aprender algo de historia inglesa, alemana, escandinava ó rusa, para entender bien á autores de esos países, pero en tratándose de americanos difícilmente pasamos por ello.

Seguimos, en el fondo, apegados á la estimación colonial. Raro es aquí el que cree en la independencia espiritual y la literaria de esas naciones, y esta idea refuye en ellas. Aplicamos un criterio, no ya colonial, sino metropolitano, á las producciones literarias americanas.

Lo cual se debe en gran parte á la hegemonía que ha ejercido en España misma el espíritu castellano dentro de la literatura. En rigor, se juzga á los americanos, no ya á la española, sino á la castellana. Y esto se ve mejor que en otra cosa alguna en la lengua.

Un amigo mío preparaba una colección de trozos escogidos de escritores castellanos—es decir, que hayan escrito en lengua castellana—del siglo XIX, y al consultarme sobre ella le indiqué que incluyera á algunos americanos, dándole los nombres. Y tuve que oír las más peregrinas objeciones.

Yo no creo, como Manuel Ugarte—y de esto he de escribir con extensión—que las



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



producciones literarias americanas, desde Méjico hasta la Argentina, se distinguan por un exponente común—sea el que fuere—que haga de ellas una unidad diferenciada de la unidad literaria española. Si yo distingo á un escritor americano de uno español, es por ciertas peculiaridades de lenguaje—y esto no siempre—pero por peculiaridades también de lenguaje se distingue á un escritor andaluz de uno gallego ó vasco. No veo el carácter común de la literatura hispanoamericana en cuanto distinto del de la española.

Porque si allí hay influencia francesa, aquí también la hay y no pequeña, y no pocas veces la influencia francesa que en ciertos escritores americanos se nota es mediata y recibida de autores españoles.

Solemos decir por acá de ciertos escritores—en especial, peruanos, colombianos y mejicanos—que nos parecen españoles, pero también decimos de algunos escritores españoles que nos parecen americanos.

Y si se va al fondo de este último juicio, es decir, de que digamos de ciertos escritores españoles que nos parecen americanos, se verá que estriba en su falta de contenido concreto y patriótico, en que parece no haber visitado su alma la tradición histórica española, en que no se les siente caldeados por las preocupaciones de nuestro pueblo.

El cosmopolitismo.—lo he dicho muchas veces y habré de repetirlo muchas más.—es el mayor enemigo de la universalización. El «Facundo» de Sarmiento será siempre más universal que cualquier novela americana en que se trate de pintar la vida del Egipto faraónico, de la Grecia de Pericles ó de la Edad Media.

Dice Ugarte en el prefacio de su antología que la época revolucionaria no dió á las literaturas americanas ninguna obra durable y que de todo aquel sacudimiento histórico «entrará mucho en la historia, pero no quedará nada en la literatura». Queda, por de pronto, Sarmiento, á quien no creo haya superado ningún cantor de faunos y sátiros ni ningún retórico de la emancipación social. Porque si el romanticismo prestó su retórica á aquellos luchadores, no ha faltado moda posterior que haya prestado la suya á los de hoy.

Ugarte cree que la intelectualidad americana fué ahogada por las revoluciones, y yo me atrevo á suponer que fué, más bien, excitada por ellas. Dice que «desmenadas, sedientas de acción, con el ímpetu de quien recupera la libertad después de una esclavitud larga, aquellas sociedades, demasiado precoces para ser reflexivas, demasiado ardientes para ser justas, se lanzaron en tropel á explorar lo desconocido». Y á mí me parece que la reflexión y el espíritu de justicia servirán para mucho bueno menos para darnos obras literarias duraderas. Es la pasión irreflexiva é injusta lo que hace la grandeza de ciertas obras. Y hasta en los historiadores que nos aparecen serenos es la pasión por la patria ó la pasión por la verdad lo que les da valor literario.

Creo, como creía Schopenhauer, que la historia jamás puede llegar á ser ciencia aunque nos dé materiales para construir la ciencia sociológica y la política. En historia no cabe la experimentación, en historia no puede comprobarse la necesidad de un hecho. Como no es posible volver atrás y restablecer el estado de Europa en la época napoleónica para que Bonaparte no sea vencido en Waterloo, disertar sobre lo que hubiese ocurrido á no caer allí el emperador, equivale á escribir una geometría en el supuesto de que los tres ángulos de un triángulo no valgan dos rectos. Esto sería meta-historia, y tal cosa no existe. Por lo cual decía Valera, con mucha gracia, que la filosofía de la historia es el arte de profetizar lo pasado.

Y como la historia no es ciencia, los historiadores que leemos con más agrado y á la vez con más provecho, son los menos imparciales, los más apasionados. Su grandeza depende del objeto y de la forma de su pasión, pero no hay historiador frío al que se pueda soportar.

Con lo cual no quiero decir que ese calor haya de revelarse en llamaradas retóricas, no. Suele haber brasa, y brasa muy duradera, bajo las cenizas, y hay historiadores apacibles y serenos, cuya pluma es movida por honda pasión. Uno de ellos es Mitre. Su predilección por los héroes estoicos, resignados, sencillos, espartanos, como Belgrano y San Martín, es manifiesta, como es manifiesta la reserva con que se conduce frente á la figura no poco teatral de un Bolívar. La teatralidad de Bolívar le impidió ver acaso, todo el hombre, así como el espartanismo de San Martín no le dejó, también acaso, ver por entero á su héroe. Porque á mí me resulta el uno igualmente teatral que el otro, aunque fuese otro el papel que representara. Suele haber muchas veces más sinceridad en la presunción que no en la modestia.

Pero—y es de lo que trataba—pasión por sus héroes y por su patria guió la pluma de Mitre, y á esa pasión deben sus libros el encanto con que los leemos los que no somos argentinos ni en la argentina hemos vivido.

La historia es la gran fuente de la inspiración poética y hasta en los poetas más líricos, más subjetivos, que parecen menos ligados á condiciones de lugar y tiempo, si se ahonda, encuéntrase la historia.

Y lo que á las naciones hispanoamericanas les falta para tener literaturas propias, con sello peculiar, es historia. Historia y leyenda, que de la historia brota.

Creo, con Rodó, que Ugarte exagera el valor de la obra de los jóvenes—¿quiénes son los jóvenes?—á costa del valor de la obra de las generaciones pasadas. Y creo que la actual juventud hispanoamericana puede aprender aún mucho en la obra de los ingenios de las revoluciones patrias, tratando de constituir tradición con ella.





Dentro de cincuenta años ¿cree Ugarte que se leerá á alguno de los últimos decadentes, simbolistas ó modernistas con preferencia á algunos de los románticos de cuando la patria nació? Yo no lo creo.

La labor de cultura del modernismo ha sido grande y evidente. En pasiones jóvenes, que engrosan y se acrecientan por aluvión de gentes que van en busca de fortuna y á las que apenas interesa otra cosa alguna, en pasiones en que la preocupación de hacerse rico es la dominante, en países necesariamente improvisados donde abundan los ricos que no fueron nada, en países tales el espíritu de vulgaridad tiene que hacer estragos. Y más que el espíritu de vulgaridad, el de cursilería.

Sólo se respeta lo consagrado y admitido. La hostilidad á todo lo que se sale del cauce establecido, de lo admitido como de buen tono, la hostilidad sobre todo á lo más alto y finamente espiritual, es inevitable. La palabra terrible: «¡macanas!» que es como un chibolete de los beocios, como un santo y seña de los filisteos, lo dice todo. (¡Cuántas veces no habrá exclamado alguno de mis lectores al leer ciertas cosas mías: «¡Bah! ¡Macanas de Miguel!»)

En países tales—y en ellos entra también España, aunque vieja—toda extravagancia, toda singularidad, es siempre educativa. El que Rubén Darío haya concluído por conquistar el respeto y la consideración de los más y los mejores, y el que, aun disintiendo de su estética, y hasta deplorando no pocas de sus cosas, se le tome ya en serio, es una de las más nobles conquistas. Y así su labor vendrá á resultar una labor pedagógica y aunque su obra literaria no quedase, quedaría siempre su ejemplo.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES